

Armando González Cortes

## La actitud racionalista frente al hecho cristiano

Creencias impermeables y creencias accesibles a la lógica. «Religión-teología» y «religión-sentimiento».— Pasividad intelectual frente a las místicas colectivas.— Retorno a la tradición racionalista del siglo XIX.

(A los señores Ramón Clarés y George Nicolai)



**N**O es un mero estudio crítico de mi libro («La crisis de la fe religiosa») lo que ha escrito el Dr. Ramón Clarés: es todo un ensayo psicoanalítico acerca de la creencia: un trabajo, por lo tanto, de valor substantivo, y que se incorporará con honor al repertorio—¡ay, cuán exiguo!—de nuestra literatura filosófica (1).

Si, a mi vez, yo intentara el análisis y el elogio del trabajo del distinguido ensayista, no se me creería imparcial ni objetivo, y se comprende. Me propongo, precisamente, todo lo contrario: enfocar cierta zona de conceptos en que nuestras posiciones parecen no coincidir. Lo hago con esa libertad aceptada entre los investigadores auténticos, cuyo solo interés, cuya sola pasión es el esclarecimiento de la verdad (libertad de que es

---

(1) Véase «Las creencias a la luz del psicoanálisis», por el Dr. Ramón Clarés, en «Atenea» de Octubre de 1942.

peligroso usar cuando se trata de literatos o artistas, quienes, en su narcisismo congénito, suelen mirar la intangibilidad de su creación estética como una cuestión de honor personal). Y entro en materia.

Escribe el Dr. Clarés: «Analítico o compulsivo por excelencia, Armando González maneja los argumentos lógicos con agilidad de esgrimista eximio. Pero, sin ser yo un teólogo, ni mucho menos, debo advertir que no se puede combatir con armas lógicas los procesos instintivos, las creaciones de la pasión humana, las necesidades imperativas de la vida, entre las que ocupa un sitio profundo y fundamental el sentimiento religioso». «Se escandaliza—o casi se escandaliza—González de las palabras del R. P. Sertillanges, cuando expresan: «Hay que estudiar la religión con espíritu religioso, como se estudia la ciencia con espíritu científico y la poesía con espíritu poético». «Este modo de apreciar las cosas no será católico—yo no soy el llamado para creerlo así o no—pero es profunda y sabiamente psicológico. . . Hay zona de la personalidad que requiere, para su desarrollo y mantenimiento, de otra atmósfera que la común y cotidiana, que necesita mantener una fe en algo o alguien, y tan grande y fuerte es tal necesidad, tan hondamente sentida, que se ha creado todo un sistema de mantenimiento y culto de la ilusión». «La creencia es, pues, forma y función de la psicología afectiva, cuyo objeto consiste, fundamentalmente, en conferir una máxima de seguridad existencial, aun contra todas las especulaciones de la razón discriminativa. Es por lo tanto sapientísima, de una biología y profunda sabiduría, toda técnica política o religiosa que acuerda sus postulados y sus actos con las necesidades instintivas». «Es por todas estas consideraciones que estimo de una magnífica inutilidad el libro de Armando González. No va a hacer prosélitos. Seguramente no los pretende. No se deja creer bajo el imperio de la razón o la lógica de la comprensión meramente intelectual; a lo sumo se modifica el modo o estilo de creer». Hasta aquí Clarés.

Cuando lo anterior se escribe al margen de un libro, cuyo propósito fundamental es demostrar la incompatibilidad entre la razón y un dogma religioso, se insinúa lo vano, lo estéril y hasta quien sabe si perjudicial de dicho propósito.

Me imagino que, en el entusiasmo por el desarrollo de su tesis, el docto ensayista perdió parcialmente de vista algunas de las líneas ideológicas de mi obra lo que lo condujo a apuntar los reparos que se han leído. Procuraré comprobar esta observación, no en obsequio a los que han leído «La crisis de la fe religiosa»—ante los que han leído un libro, se defiende por sí solo o es inútil toda defensa—sino en obsequio a los que podrían ser desviados de su lectura ¡y quien sabe si están comprendidos en el número de aquellos espíritus a quienes va dirigido su mensaje!

En mi obra dejo constancia explícita y abundante de que existen creencias refractarias a todos los ácidos de la razón y de la lógica. Después de analizar los diversos elementos psíquicos que integran la creencia religiosa (pág. 153-168), apunto textualmente: «Destruir la fe no es simplemente disolver una armazón lógica débil con una armazón lógica fuerte: Aquí no se trata de una cuestión que se resuelva en el terreno de la lógica. Los argumentos de ésta son a veces enteramente impotentes ante fuerzas psíquicas de orden no lógico... (pág. 169),

¿Por qué o para qué escribí mi libro, entonces? Porque existen espíritus que perdieron, por decirlo así, la virginidad de la fe; espíritus trabajados por dudas angustiosas y tenaces, que les acibaran buena parte de su existencia. Tales espíritus pueden ser accesibles a una demostración lógica de la irracionalidad del dogma, y para ellos fué escrita mi obra. Son los que yo he llamado los «creyentes incrédulos», numerosísimos en nuestros días de universal crisis de la fe religiosa.

En esta materia es peligroso generalizar y por esto, desde el mismo prólogo de mi libro me he cuidado de clasificar a mis lectores potenciales, señalando ese tipo de los mismos al que



será de utilidad—y al que se halla destinada—y ese otro tipo al que podría despertarle una inútil inquietud y dañarle, en consecuencia. Tal como el químico que escribe en la etiqueta de su específico: «Usese por prescripción médica».

\* \* \*

«Lo tremendo es que la experiencia en el íntimo combate de la liberación es absolutamente personal e intransferible», escribe Clarés con patética verdad. Si yo me interrogo a mí mismo: —¿Cuáles de los argumentos que me decidieron a abandonar el catolicismo, me eran desconocidos en los días que creía?—me veo obligado a responderme: —Ninguno. Es que, repito, una adhesión mental de carácter metafísico no está hecha de meros silogismos. Tiene otros puntales psíquicos. Pero puede llegar un momento en que estos puntales vacilan o desaparecen, y entonces actúan—en uno u otro sentido—los silogismos. Todos esos procesos internos son los que constituyen esa experiencia íntima «intransferible». Hasta cierto punto, cada yo humano vive en un aislamiento impenetrable e irremediable, pues lo más íntimo y personal que hay en nosotros no puede ser traducido por el lenguaje, no es susceptible de exteriorización. Y, sin embargo, nada nos hace vibrar tanto, nada conmueve las raíces de nuestra conciencia como el conocimiento de la aventura íntima de otra conciencia, siquiera en ese grado en que nos es dado captarla y aprehenderla. Por ello he antepuesto en mi obra el relato de «mi experiencia religiosa» al desarrollo de las argumentaciones, en un esfuerzo supremo de aproximación cordial a todos esos espíritus a quienes presiento la misma crisis. He anticipado la confianza, como para conquistar una atención simpática a los silogismos, como para crear el clima mental en que éstos pueden ser útilmente asimilados.

\* \* \*

Penetre imaginativamente conmigo el Dr. Clarés a una biblioteca de carácter teológico. Allí están las obras de los defensores y expositores que ha tenido el dogma católico desde los primeros siglos hasta la época actual. Allí Orígenes, Tertuliano, San Agustín, San Jerónimo, San Isidoro de Sevilla, el Venerable Beda, Duns Scoto, San Anselmo, Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, Gerson, Cayetano, Belarmino, Cornelio a Lapide, Melchor Cano, Molina, Suárez, Bossuet, Billuart, San Alfonso, Busenbaum, Franzelin, Billot, etc. Allí están al servicio del dogma, la erudición arqueológica e histórica, las ciencias filológicas y hermenéuticas, la especulación metafísica y jurídica, etc., contribuyendo cada una con su parte a crear esta imponente estructura ideológica de la teología católica, la que ¡nótese bien! no solicita merced como cualquier sentimiento íntimo y delicado del alma ni se nos presenta como una creación meramente subjetiva y emocional, sino como una ciencia «sui generis», como la expresión auténtica de la verdad revelada y trascendental, declarando perentoria y arrogantemente en el error a cuantos no la acatan. Pues bien ¿no nos será permitido someter a análisis a esa mole ideológica, sólo porque medra a la sombra del sentimiento religioso y místico, que es proclamado instintivo e ineluctable? . . . Por esto yo he distinguido en mi libro entre la «religión-teología» y la «religión-sentimiento», estableciendo que la primera puede y debe ser analizada con la irreverencia implacable del conocimiento racional—«ella misma se coloca en el plano de la beligerancia intelectual» (pág. 230), —en tanto que la segunda, la «religión-sentimiento», es acreedora a los infinitos miramientos con que tratamos a todas las ilusiones que sirven de anestésico al dolor humano y a la trágica certidumbre de la muerte. Escribí textualmente: «Mientras haya en el mundo sufrimientos para los cuales no existe remedio humano, no les quitemos el consuelo de la esperanza mística

a quienes han logrado conservarla virgen en sus espíritus... La autosugestión o la ilusión religiosa constituye un proceso natural dentro del desarrollo de la mente humana. Respetemos la lentitud con que la naturaleza campasiva disipa esa ilusión, que es inocua» (pág. 227-8).

En otros términos: con el creyente que se limita a sentir y a vivir su fe, no tenemos por qué ni para qué discutir. Pero, frente al intelectual católico que sale a la arena del debate filosófico ufano de poseer el monopolio de la verdad trascendental, nos incumbe el deber de rebatirlo... a no ser que lo creamos del todo inofensivo, o estimemos que sus razones ya no pueden seducir a nadie. Clarés parece creerlo. Se expresa como si ya el pensamiento católico hubiera perdido toda beligerancia en la esfera de la más elevada intelectualidad. Y no es el caso. Ahí tenemos al filósofo católico Maritain, que es leído y hace escuela en Europa y en América. Y como él hay varios.

Aun no tenemos derecho a desdeñarlos ni menos aun a desdeñar su influencia sobre la generación joven. No olvidemos que una época atormentada, como la que vivimos, tiene una proclividad especial a dejarse seducir por cualquier «fe», máxime si se presenta ataviada con ese formidable aparato de crítica y especulación que ostenta la teología católica.

También el comunismo constituye hoy en día una mística que enciende de esperanzas el corazón de las muchedumbres. ¿Y por ello nos estará vedado, como trabajo nocivo o estéril, el analizar la concepción económica de Marx y descubrir, v. gr., los sutiles errores de sus teorías del «valor» y de la «plus-valía», que son la base de todo el sistema?

\* \* \*

Es peligroso cruzarnos de brazos ante las «místicas» multitudinarias, a pretexto de que constituyen fuerzas elementales, contra las cuales nada pueden las razones. Pero las razones



«puras», digamos, son captadas por los vulgarizadores de los diversos planos de la jerarquía intelectual, al través de cuyo intermedio se vierten finalmente en la masa, pero ya cargadas de pasión y dinamismo.

Pregunto yo: ¿Influyeron en el hecho de la descristianización de las masas de los países latinos las obras de Voltaire, Diderot, Helvétius, La Mettrie y demás filósofos franceses del siglo XVIII? Es claro que sí. Sin embargo, no las leía el pueblo, no las leía Verdejo; pero las leía M. Homais.

Hace ya casi medio siglo que M. Brunetière, en el curso de su célebre polémica con M. Berthelot, proclamó la «bancarrota de la ciencia». ¿Y no ha sido, no está siendo mucho más inmensa y catastrófica la bancarrota de las creencias? Porque, al fin de cuentas, son las creencias, las místicas sociales y nacionalistas las que han precipitado al mundo en la actual conflagración. ¿Seguiremos, como en la Babia de la pre-guerra, contemplando impasibles cómo se plasman las místicas colectivas, cómo cuajan luego en organizaciones nacionalistas y militaristas, que no hacen más que aguardar la oportunidad de lanzarse al asalto de la comunidad internacional? Si cogemos individualmente a cualquiera de estos nuevos creyentes, digamos a un fascista, a un nazi, etc., veremos en él a un individuo sano, pero iluso, víctima, como todos sus iguales, de ese fenómeno de encantamiento colectivo en que se basa la respectiva creencia. Ese fenómeno cae dentro del ámbito de lo que pudiéramos llamar la mecánica social y ha sido minuciosamente estudiado y descrito, aun cuando las unidades humanas—los adeptos, los prosélitos—que constituyen su materia prima, se crean perfectamente libres en su actuación y no tengan la menor conciencia de ser simples moléculas agitadas en el vasto torbellino de la masa social. Pero los dirigentes, caudillos o pontífices que han desencadenado y orientado todo el proceso, esos sí que conocen perfectamente las fuerzas sociales que están manipulando, aun cuando, como en la fábula de «L'Apprenti-sorcier», ignoran el modo de

exorcisarlas y aun cuando ellos mismos sean unos tarados mentales, obedientes a otros mecanismo psíquicos y pasivos con relación a los mismos.

Reconoce el Dr. Clarés la existencia y el activo empleo por dirigentes religiosos y políticos, de técnicas para el mantenimiento de la ilusión colectiva. ¿No es reconocer implícitamente la existencia de otras técnicas para la destrucción de esa ilusión... Repetimos que las «razones puras» no actúan directamente sobre las creencias de las masas; ni siquiera sobre las de muchos individuos cultos. Pero no es menos evidente que existe una técnica para actuar sobre esas místicas colectivas. En el desarrollo o proceso de esa técnica, a las «razones puras» les corresponde una función o una etapa, precisamente la inicial.

El siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, fué un siglo eminentemente escéptico y racionalista. Precisamente por esto la humanidad nunca disfrutó como entonces de paz internacional y de la alegría de vivir. El siglo actual, en cambio, se está caracterizando por su dogmatismo, por su sectarismo y su fanatismo, colindantes en la psicosis colectiva. De nada necesita tanto esta humanidad enloquecida como de una cura de razón que le devuelva el sentido hedonista de la existencia y la haga olvidar estas manías nacionalistas y guerreras que la han poseído en las últimas décadas. No es fe lo que les falta a los hombres y a las sociedades de hoy: «es razón, es una absorción maciza de razón. Ya estamos hartos de estas «místicas» y «utopías», que si pudieron galvanizar a los pueblos en un momento dado del devenir histórico, también se prestaron para dar libre curso a una charlatanería vulgar en la esfera económica, social e internacional y para encubrir morbosas ambiciones personales, hasta desencadenar, finalmente, la catástrofe mundial en que nos debatimos. La razón es mucho más modesta; promete muy poco y marcha a paso de tortuga, apoyada siempre en la experiencia y en las estadísticas; en una espe-



cie de interminable tanteo. Pero con ella no se cae en los abismos. Piénsese que en nuestro tiempo no son posibles una revolución ni una guerra sino a consecuencia de un eclipse de la razón colectiva.

Por todo esto concibo como una tarea, como un deber intelectual propios de nuestro momento histórico, el llevar la razón a todos los ámbitos del pensamiento, el contribuir a que en todas las esferas, en la política, en la economía, etc., se imponga el punto de vista de la razón sobre el de la pasión o la utopía—que suele ser la imaginación puesta al servicio de la pasión. En otras palabras, el deber intelectual de nuestro momento histórico consiste en reanudar la tradición racionalista del siglo XIX, en mala hora abandonada a causa del caos mental creado por la guerra de 1914. Este deber nos urge tanto más cuanto que la actual conflagración tenderá a crear un nuevo caos en la esfera de la inteligencia.

\* \* \*

No se crea que he pretendido desplazar el problema de la creencia del campo religioso al campo social. Como se ha reconocido la identidad fundamental de la «creencia» en esos dos aspectos, he insistido en el segundo, en el político-social, como más apropiado para ver lo débil e infundado de la actitud de cruzarse de brazos ante dicho fenómeno de la creencia multitudinaria, de limitarse a observarla y estudiarla, como quien observa un fenómeno astronómico, abandonando todo propósito de actuar sobre ella, de modificarla con una mira preconcebida.

Volviendo al aspecto religioso de la creencia, repetiré que mi libro no se halla destinado a la masa, lo que consigno en forma expresa. Después de mostrar cómo la ilusión religiosa es un elemento de consuelo, un factor de felicidad, anoto: «Este libro la respeta y no intenta perturbarla. Tratar ante la masa y para la masa materias que, como las abordadas en esta obra,

suponen una cierta solidez mental y una cierta cultura. acusaría una falta de seriedad intelectual y... falta de corazón. Por esto, en ningún momento he intentado vulgarizar cosas que no podrían serlo sin desnaturalizarse», (p. 226).

Mas, por encima de los poseedores de la «fe del carbonero», de los «pobres de espíritu»—de quienes es el reino de los cielos—están los espíritus suficientemente cultos e inquietos para experimentar, con mayor o menor intensidad, la duda religiosa, y con mayor o menor urgencia, la necesidad de resolverla. Difícilmente quienes no viven o no han vivido en la comunión católica pueden saber de la existencia y de la conciencia de tales «creyentes incrédulos». Yo que he sido profesor de «apolo-gética» en un colegio católico, sé que la duda religiosa germina en forma casi fatal en el espíritu del adolescente en cuanto llega la hora de razonar su fe. Y sé que en la grey adulta los «creyentes incrédulos» forman legión. A ellos, precisamente, he dedicado mi libro.

¿Que, a la larga, no podrá menos de influir sobre la masa, siquiera en grado mínimo y al través de muchos intermedios? No lo niego. (Ya Herbert Spencer se planteó y resolvió a su modo este problema de conciencia). Será un «momento» más en este gran proceso de disolución del cristianismo, de «crisis de la fe religiosa» que se ha acentuado en Occidente a partir del Renacimiento.

Y este es el instante de decirlo al Sr. Clarés que la «crisis de la fe religiosa» aludida en mi libro, es la de la sociedad en que vivimos, no sólo la mía personal, que ya pasó. Cosa curiosa. El profesor señor Georg Nicolai me ha formulado el reparo contrario: el de que mi libro sólo aborda la crisis del catolicismo, siendo que, en realidad, la crisis religiosa es mucho más vasta. A la verdad, dada la finalidad pretendida por mi obra y dado el ambiente en qua iba a circular—el de una sociedad latina, educada por el catolicismo—yo debía limitarme al estudio

de aquella crisis en el campo católico, aunque el título sugiera un tratamiento más vasto del asunto.

De las alusiones que hace a mi obra el Dr. Clarés en su magnífico ensayo, acaso deduzca quien no la haya leído que, al abandonar la fe católica, yo he reaccionado hacia el extremo opuesto de una irreligiosidad aguda. En cambio, la crítica que se dignó hacerme el profesor Nicolai (1)—el cual considera al cristianismo de una inmoralidad fundamental por preferir el cuidado del alma al cultivo del cerebro, el «credere» al «scire», el «bonum» al «verum» y la meditación al trabajo—da margen para pensar que, al dejar la religión católica, yo no me he atrevido a repudiar todos los prejuicios favorables al cristianismo, propios de los creyentes.

El que dos pensadores de la talla del profesor Nicolai y del Dr. Clarés, desde sus personalísimos puntos de vista, le hayan formulado a mi libro reparos contradictorios, aquél de demasiado cristiano y éste de demasiado anticristiano, me inclina a creer que, en realidad, no he sido sino ecuánime y objetivo para enjuiciar el cristianismo, cuando he exhibido la incompatibilidad de sus dogmas con los dictados de la razón y de la ciencia, reconociendo, a la vez, lo positivo de su aporte en la esfera moral y social, y cuando he establecido que debemos respetar la religiosidad de la masa y al mismo tiempo podemos y aún debemos ayudar a liberarse de su fe torturada y torturante a esos espíritus que ya fueron mordidos por la duda, los que he denominado «creyentes incrédulos».

---

(1) Véase «Hoy» del 30 de abril de 1942.